

Argentina

Sergio Bizzio

2013

Impresionante. Es lo primero que pienso o lo primero que siento frente al bosque de este hiperfenómeno de dos cabezas llamado Mondongo. Ningún tironeo entre sentimiento y pensamiento. El fogonazo de la primera impresión lo deja a uno con la mente en blanco, lejos –por suerte- de las preguntas por el sentido de la obra o por sus filiaciones y sus fuentes. ¿Qué importa? Da ganas de entrar, de afirmar los pies, de caminar por él: efecto de la sensualidad de este bosque paradójico que nos invita a tocar lo que sugiere. Pero el bosque es un bosque y también una serie, más allá de sus “cuadros”, de sus continuidades e interrupciones: es el bosque geométrico de Valery, en el que todos se pierden antes de entrar; el “bosque en galería” (como se llama -y en esta ocasión no sin gracia- al bosque que crece en las riberas del curso de un río o de un arroyo); el bosque como precuela de la Serie Roja (por aquí pasará de un momento a otro un lobo, quizá corriendo); el bosque teatral, escenario de un picnic o de un crimen, o de un picnic seguido de un crimen... Y a medida que el observador asocia y enumera, la obra lo hace bailar: uno se acerca, se aleja, se inclina hacia un costado y hacia el otro, vuelve a acercarse. Si uno mira el bosque desde lejos se hace ilusiones sobre su realidad. Allí hay un ecosistema, con sus insectos, sus plantas, sus detritos de hojas descompuestas, sus microorganismos. Si se acerca, comprueba o decide que la existencia de la obra es una condición impuesta por una idea –la textura de la vida vegetal, y aún más: la *personalidad*

del bosque-pero ninguna urgencia por explicar oscuridades que el mismo artista tuvo que soportar mientras trabajaba. De hecho, uno se acerca porque teme que sea real, y se aleja, relativamente aliviado, para captar la fisonomía completa de la operación material que la sostiene. Inmediatamente después uno vuelve a acercarse y todo el proceso se repite. Es un ballet de observación, capaz de crear una segunda obra, una obra lateral (la de un público loco), en la que se oyen pasos y ramas que se quiebran. Pero el propósito del genio (tenga una cabeza, o dos, o varias) es mirar, más que ser mirado; hacer que la obra *vea*. Así que de pronto uno descubre que ya estaba adentro, antes incluso de haber movido un pie. Se produce entonces un intervalo de pánico celular. Esos pasos son *mis* pasos. Y en efecto, ahora es el bosque el que verifica mi propia realidad. Yo entré con la mente en blanco y salí escupiendo sangre.

Sergio Bizzio